

Editorial Belvedere

Una especie de vida

GRAHAM GREENE

Una especie de vida

Traducción de Raquel Herrera



**Editorial
Belvedere**

Título original: *A Sort of Life*

Primera edición: abril 2026

© de la traducción: Raquel Herrera

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L. U.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 59

28760 Tres Cantos

info@editorialbelvedere.com

www.editorialbelvedere.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-949063-9-8

Depósito Legal: M-8623-2026

Impreso en España – *Printed in Spain*

UNA ESPECIE DE VIDA

Editorial Belvedere

*Para los supervivientes: Raymond Greene,
Hugh Greene y Elisabeth Dennys.*

Editorial Belvedere

*Solo los ladrones y los gitanos dicen que nunca
hay que volver a donde se ha estado.*

KIERKEGAARD

Editorial Belvedere

NOTA DEL AUTOR

Una autobiografía no es más que «una especie de vida». Puede que presente menos errores factuales que una biografía, pero por fuerza ha de ser aún más selectiva: comienza más tarde y termina de forma prematura. Si no se consigue cerrar el libro de recuerdos justo en el lecho de muerte, cualquier conclusión resultará arbitraria. He optado por acabar este ensayo con los años de fracaso posteriores a la aceptación de mi primera novela. El fracaso también es una especie de muerte: con los muebles vendidos y los cajones vaciados, el camión de mudanzas espera en la calle, como un coche fúnebre, para llevarte a un destino más económico. Y también un libro como este ha de considerarse «una especie de vida» en otro sentido, porque en el transcurso de sesenta y seis años he pasado casi tanto tiempo con personajes imaginarios como con hombres y mujeres reales. Lo cierto es que, pese a que tengo la fortuna de contar con muchos amigos, no recuerdo anécdotas ni de los más relevantes: las únicas historias que más o menos guardo en la memoria son las que he escrito.

Entonces, ¿por qué anotar estos recuerdos del pasado? Los motivos son los mismos que me hicieron convertirme en novelista: el

deseo de otorgar cierto orden a un conjunto de experiencias caóticas y una curiosidad ávida. Los teólogos nos enseñan que no podemos amar a los demás si no nos queremos a nosotros mismos, y la curiosidad también comienza en el hogar.

Existe ahora una moda entre varios de mis contemporáneos de abordar con ironía lo que sucedió en el pasado. Se trata de una forma legítima de autodefensa, pues ese «fíjate en lo absurdo que era cuando era joven» sirve para evitar la crítica cruel, pero falsifica la historia. No éramos georgianos eminentes. Las emociones resultaron auténticas cuando las experimentamos. ¿Por qué tendrían que avergonzarnos más que la indiferencia de la vejez? He intentado, aunque no lo haya logrado, revivir las locuras y sentimentalismos y exageraciones de una época lejana; y sentirlas como las sentí, sin ironía.

CAPÍTULO I

1

Era muy poco consciente de que el futuro ya se extendía por aquellas calles de Berkhamsted. High Street era tan ancha como muchas plazas con mercado, pero, tras la Primera Guerra Mundial, se amplió aún más su dignidad al construirse el New Cinema bajo una cúpula verde morisca que en realidad era diminuta, pero que entonces nos parecía el colmo del lujo pretencioso y el gusto cuestionable. Mi padre, que en aquella época era el director de la escuela, permitió una vez a los mayores ir a una proyección especial de la primera película de Tarzán, porque debió de creer, por error, que se trataba de una película educativa con valor antropológico, y luego nunca le abandonó la percepción de que el cine era decepcionante y algo de lo que desconfiar. En nuestro extremo de High Street se encontraban la tienda de fotografía Tudor con entramado de madera (desde sus escaparates, las caras de los vecinos miraban en grupos nupciales, emperifollados y perplejos como bueyes de concurso) y la gran iglesia normanda de piedra, donde el casco de un antiguo duque de Cornualles colgaba de una columna sin llamar la atención, como un bombín en un salón. Debajo se halla-

ban el canal Grand Junction con barcazas pintadas que se movían despacio y niños gitanos a lo lejos, los lechos de berros y, rodeado de un foso seco repleto de perifollo verde, un castillo muy antiguo: decían que lo había construido Chaucer y que los franceses lograron sitiario durante el reinado de Enrique III. Del ferrocarril venía una ráfaga débil y agradable de polvo de carbón, y por todas partes se veían esos rostros curiosos de Berkhamsted que creo que ahora reconocería en cualquier lugar del mundo: caras puntiagudas como las sotas de las cartas, de expresión astuta e ingenio fallido.

Y es el momento, por muy reacio que sea, de incluir en mi mapa personal la escuela —mitad Tudor rosado, mitad espantoso ladrillo moderno del color del jamón de plástico de una casa de muñecas—, donde empezó la miseria de la vida; y también el cementerio, abandonado hace tiempo, que se encontraba frente a nuestras ventanas, separado de nuestros parterres por una línea invisible, de manera que cada año el jardinero sacaba restos de huesos al rehacer la frontera herbácea. Más hacia el norte, en el verde de un mapa vacío como África, se encontraban los tojos y helechos del campo que se extendía hasta el parque de Ashridge, y al sur el pequeño campo de Brickhill y el parque de Ashlyns, donde una vez vi un *Jack in the Green*¹ cubierto de hojas primaverales bailando con dificultad entre quienes lo rodeaban, como los diablos que luego conocí en Liberia.

Todo aquello en lo que iba a convertirme ya debía de encontrarse allí, para bien o para mal. El futuro propio debió de profetizarse en la forma de las casas tanto como en las líneas de la mano; las evasivas y engaños personales se inspiraron en esas otras caras

¹ *Jack in the Green* es una festividad inglesa que celebra la llegada del verano en la que una persona se disfraza con una estructura piramidal o cónica recubierta en su totalidad con hojas, ramas y flores, con la que procesiona acompañada de música. (N. del E.)

astutas y en los escondrijos del jardín, del campo, de los setos. En Berkhamsted se creó el primer molde, cuya forma se reproduciría hasta el infinito. Durante veinte años se convirtió en casi el único escenario de felicidad, de aflicción, del primer amor, del intento de escribir, y me resultaría extraño que, por casualidad, fuerzas de acción inconscientes, locura o sabiduría, no me devolvieran a él para morir en el lugar donde nació todo.

En el extremo más alejado de High Street se encontraban el pueblo de Northchurch y una vieja taberna, Crooked Billet. Siempre me pareció un nombre inquietante, quizás por algo que sucedió en ella y que me causó una impresión ambigua mediante alguna conversación adulta velada (estaba convencido de que era un lugar donde asesinaban a viajeros), y por eso el pueblo de Northchurch me repelía, era un lugar peligroso donde las pesadillas podían convertirse fácilmente en realidad. Nunca nos llevaban a pasear por allí, aunque podía haber una explicación natural: ¿por qué motivo habría recorrido ninguna niñera aquel camino de High Street que se extendía a lo largo de más de dos millas, pasados el ayuntamiento y la nueva King's Road que los vecinos recorrían dos veces al día hasta la estación con sus maletines, pasada la juguetería de la señora Figg donde los niños querían pararse, pasados los ventanales siniestros del dentista, por las huertas, con ese olor raro y arenoso que se elevaba de los depósitos y barcazas de carbón?

Había otro camino que tampoco seguíamos cuando nos llevaban nuestra vieja niñera malhumorada o alguna de sus ayudantes, y era el camino de sirga junto al canal. Si me parecía que en torno al Crooked Billet el ambiente era siniestro, junto al canal la sensación de peligro era inmediata: la amenaza de insultos procedentes de los trabajadores extraños y brutales con el rostro ennegrecido como el de los mineros, de mujeres gitanas y niños harapientos que veían a niños de clase media vestidos y guiados con pulcritud; y el peligro también, pensaba, de morir ahogados. La *Berkhamsted Gazette* y el

Hemel Hempstead Observer publicaban de vez en cuando investigaciones sobre los que encontraban ahogados en el canal, parecía haber muchos niños de las barcazas entre ellos, y nuestra convicción de que ya no se podría rescatar a quien cayera en la esclusa no encontraba contradicción suficiente en el salvavidas que colgaba en la pared de cada casa que había junto al canal. Todavía hoy soy incapaz de asomarme a mirar una esclusa y sus paredes lisas y húmedas sin sentir inquietud, y en muchos de mis sueños infantiles soñaba que me ahogaba, que me atraía como un imán la superficie del agua. (Estos sueños se volvieron tan intensos en mis años de adolescencia que afectaban a mi vida cotidiana y la orilla de un estanque o de un río me atraía como un coche rápido hipnotiza a un peatón en una calle por lo demás vacía.)

2

Mi recuerdo más antiguo es el de estar sentado en un cochecito en lo alto de una colina con un perro muerto a mis pies. Eso fue cerca de unos campos que más adelante se convertirían, gracias a los donativos de mi rico tío Edward —al que por alguna razón misteriosa llamaban Eppy—, en los patios de la escuela de Berkhamsted, porque incluso en la geografía de aquella población pequeña influían las dos grandes familias Greene (hoy en día, diecisiete residentes Greene en un lugar pequeño seguirían pareciendo demasiados respecto al total de la población, y en vacaciones los Greene casi alcanzaban la cuarta parte de un centenar). Ahora sé que el perro de mi hermana mayor era un carlino. Lo habían atropellado —¿un carruaje tirado por caballos?— y la niñera consideró oportuno llevar el cadáver a casa. Y parece un recuerdo real, porque mi madre

me contó lo mucho que se sorprendió, meses después, cuando mencioné al «pobre perro»; esas fueron prácticamente las primeras palabras que dije.

De estos primeros años no estoy seguro que recuerdo de veras. Por ejemplo, creo recordar un coche de juguete que tal vez ahora —al tratarse de un juguete antiguo, de 1908— se merecería que lo subastasen en Sotheby's, pero, como aparece en una fotografía donde estamos mi hermano Raymond y yo, puede que no sea un recuerdo auténtico. Yo tenía entonces cuatro años, vestía un pichi y los rizos rubios me llegaban al cuello. Mi hermano mayor sí llevaba un corte masculino adecuado para un adulto de siete años y miraba sin miedo hacia la cámara de cajón como un futuro montañero del Kamet y del Everest, mientras yo todavía exhibía la ambigüedad propia del género sin determinar.

De niños solíamos bajar al salón durante una hora, después del té, de cinco y media a seis y media, para jugar con nuestra madre, y recuerdo cuánto temía que nos leyera una historia sobre unos niños a los que un tío malvado había enviado al bosque para que los asesinaran, pero el asesino se arrepentía y los dejaba ahí para que murieran a la intemperie, y luego los pájaros cubrían los cuerpos con hojas. Temía esa historia porque tenía miedo de llorar. Habría preferido infinitamente más un asesinato rápido al patetismo eterno de su final. Los conductos lagrimales, en mi infancia, y desde luego durante muchos años más, se me abrían con demasiada facilidad, e incluso hoy en día a veces me escabullo avergonzado del cine ante un final feliz que me conmueve por su inverosimilitud: la vida no es así, solo soñamos con ese coraje y esa fidelidad, pero me angustio y quisiera que fuesen ciertos.

Al aproximarme a la edad escolar los recuerdos se embrollan. Uno vívido, yo debía de tener cinco años, es el de pasar junto a mi niñera por las viejas casas de beneficencia, inclinadas las unas hacia las otras, cerca del Grand Junction. En la entrada de una de las ca-

sitas había una multitud y un hombre se separó del resto y se metió dentro. Me dijeron que iba a rajarse la garganta, nadie lo siguió y todos, incluidos mi niñera y yo, nos quedamos fuera esperando, aunque nunca supe si lo consiguió. La *Berkhamsted Gazette* me habría sacado de dudas, pero yo aún no sabía leer.²

De mis primeros seis años solo guardo recuerdos sueltos como estos y no estoy seguro de la secuencia temporal. Son importantes para mí porque los conservo como símbolos aislados de un sueño cuando una historia vuelve a sumergirse en el inconsciente y gritan auxilio como los supervivientes de un naufragio.

Había una galleta de trigo en particular, de sabor ligero y puro —que ahora me recuerda a la hostia—, que solo mi madre tenía derecho a comer. Las guardaba en una lata especial en su dormitorio y a veces, como favor, me daban una, que mojaba en leche. Asocio a mi madre con una lejanía que no me molestaba nada y con el olor a agua de colonia. Si la hubiera probado, estoy seguro de que habría sabido a esas galletas de trigo. A veces se presentaba en visita oficial en el cuarto de los niños, una estancia grande y oscura que daba a la iglesia de piedra y al viejo cementerio; tenía armarios y estanterías para los juguetes, un gran caballo balancín de madera de ojos malvados y una silla de mimbre amplia y cómoda para la niñera junto a la rejilla de la chimenea de acero; y mi madre me parecía muy valiente al supervisar el armario de la ropa de cama donde se agazapaba una bruja aterradora, pero de eso hablaré más tarde. La galleta de trigo sigue siendo para mí el símbolo de su belleza fría y puritana: parecía eliminar toda confusión, diferenciar lo bueno de lo malo y elegir lo bueno, aunque, en lo que respecta a su

² Quizá haya un fallo comprensible de memoria en este caso, pues mi hermano Raymond me escribe: «Sí que viste al hombre rajarse la garganta junto a la ventana del primer piso, o tal vez la niñera te impidiera verlo. En cualquier caso, lo consiguió».

familia, en años posteriores solo se fijaba en lo bueno. Si uno de nosotros hubiera asesinado a alguien, estoy seguro de que habría culpado a la víctima. Cuando cayó en un coma tranquilo antes de morir y yo la velaba junto a su cama, su rostro pálido, alargado y *plantagenet* me recordaba al de un cruzado en su tumba. Parecía el final pacífico y adecuado para la muchacha alta, hermosa y reposada con la falda larga, el talle esbelto envuelto en un cinturón y un sombrero de paja con su cinta a la que había visto en una batea en el álbum familiar.

En esos mismos años aparece el recuerdo desagradable de un orinal de hojalata repleto de sangre: me encontraba muy mal, pues me habían extirpado los adenoides y me habían extraído las amígdalas. La operación se había hecho en casa. Treinta años después, cuando veía sangre me angustiaba y me daba náuseas, hasta el punto de que a veces me desmayaba tan solo con que me describieran un accidente. Durante los bombardeos aéreos, antes de encontrarme con el primer herido, tenía miedo de cómo reaccionaría hasta que descubrí que el miedo y la necesidad de actuar vencían las náuseas.

Nuestro hogar hasta que cumplí los seis años fue una casa llamada St John, una de las residencias de estudiantes de la escuela Berkhamsted, de la que mi padre fue profesor. Cuando en 1910 se convirtió en director volvimos a trasladarnos al edificio de la escuela, pero yo volví a vivir en St John a los trece años y la mayoría de los recuerdos de la casa (que fueron muy desdichados) datan de aquella época. Antes de aquel primer período crítico de St John recuerdo solo el trozo adicional de jardín que teníamos cruzando la calle donde en días especiales de verano íbamos a jugar como si viajáramos a otro país. Allí había una casita de veraneo (no existía nada semejante en nuestro lado cotidiano) y el jardín quedaba en lo alto del camino, de tal manera que yo no veía mi casa entre los arbustos, por lo que podía haberme hallado a cientos de millas. Ese fue mi primer viaje al extranjero. Luego me dio por pensar que los

dos jardines se parecían a Inglaterra y Francia, con el canal en medio, aunque nunca había estado en Francia: Inglaterra para el día a día y Francia para las vacaciones.

En el extremo más alejado de Berkhamsted, en Hall, que era la casa principal de la ciudad, vivía la familia de primos Greene. La madre era alemana y toda la familia poseía un aire exótico que intimidaba, ya que muchos de ellos habían nacido en Brasil, cerca de Santos, en una *fazenda* que llevaba el nombre del café que bebíamos. Había seis niños, igual que en nuestra familia, con edades que se intercalaban con las nuestras. Primero venía nuestra familia, como si mi tío, que era el hermano menor, tuviera espíritu competitivo y quisiera alcanzar a mi padre. Con quien mejor me llevaba era con Tooter, aunque fue con su hermana menor, Barbara, con quien, años después, hice el viaje bastante temerario a través de Liberia que he descrito en *Journey Without Maps (Viaje sin mapas)*.

Los hijos de mi tío eran los Greene ricos y a nosotros nos consideraban los Greene intelectuales. Los visitábamos en Nochebuena para ver el árbol de Navidad y mis hermanos mayores se quedaban a cenar. Me avergonzaban los villancicos en alemán en torno al árbol porque temía que esperaran que yo también cantara. Todo aquel asunto nos resultaba bastante teutón, porque para nosotros la Nochebuena no tenía importancia alguna. La Navidad empezaba al día siguiente con el tacto áspero de un calcetín lleno bajo los dedos extendidos y unas leves náuseas por los nervios que en casa llamábamos «el dolor de tripa de Narciso». No recuerdo ningún árbol de Navidad en nuestra casa y lo del muérdago era una broma incómoda que nos gastaban los mayores. Besar no tenía interés y yo me mantenía bien alejado del muérdago si había alguien más por ahí.

En Nochebuena, en Hall, los niños tenían todos sus regalos colocados en mesas separadas identificadas con tarjetas con su nombre. Recuerdo una amarga decepción cuando un regalo adulto, un estuche de cuero para guardar el material de escritura, apare-

ció en mi mesa por error, porque era para mi tío, que se llamaba igual que yo y era secretario permanente del Almirantazgo y caballero de la Orden del Baño, un título que me impresionaba y no me resultaba nada gracioso.

Mi tío Graham parecía muy distante y aún parecía más importante por su carácter seco y taciturno, y por las gafas que le colgaban de una cinta negra y ancha del chaleco. Todavía hoy me cuesta imaginármelo yendo en burro de jovencito a Cambridge. No decía más que «eh» y «ah». Puede que le incomodara cualquiera que no fuera un empleado público. Nunca se casó y murió en 1950 en su casa de Harston a los noventa y tres años, cuidado por sus dos hermanas, Helen y Polly, que ya tenían más de ochenta. A los ochenta y nueve años, a causa de su vista debilitada, lo atropelló un vagón de metro cuando se dirigía a una subcomisión del Comité de Defensa Imperial que iba a debatir la importación de renos al norte de Escocia. Se quedó quieto, sin perder la compostura, ahí, junto a la vía, y descubrieron que solo se había magullado una costilla. Lo convencieron, con dificultad, para que volviera a Harston, donde, cuando tenía noventa y un años, se cayó de un árbol (cuyas ramas estaba podando), y tuvo que guardar cama un tiempo, pero fue un accidente tonto el que resultó fatal un año después, cuando tropezó con una silla que había en el césped. Todavía vivió bastante tiempo, aunque hubo de guardar cama, tiempo durante el cual le leían los titulares de *The Times* cada mañana. La primera señal de que su final se aproximaba fue cuando mis viejas tías, al desvestirlo, se llevaron un dedo del pie con un calcetín. Era un hombre extraordinario... Si lo hubiéramos sabido... Lloyd George y la prensa de lord Northcliffe lo expulsaron del Almirantazgo tras lo de Jutlandia y se unió a su amigo Winston Churchill en el Ministerio de Municiones. No fue hasta hace muy poco que descubrí, en un ejemplar del *Dictionary of National Biography*, sus conexiones con el mundo de James Bond, pues fue uno de los fundadores de la Inteligencia Na-

val. Carson explicó: «Conocí a Churchill en su despacho y lo felicité por lo bien que conocía a los hombres». «¿Qué quiere decir?», preguntó Lloyd George. «Bueno —explicó—, Winston ha tenido la astucia de elegir para un trabajo mucho más importante al hombre al que usted echó del Almirantazgo.»

Mi tío vivía en una casa grande en Harston, en Cambridgeshire, y de niños íbamos a verlo durante las vacaciones de verano, aunque luego los mayores iban al Distrito de los Lagos para escalar (mi hermana Molly acabaría cayéndose de una montaña y se casó con el fotógrafo que inmortalizó su caída; quizás admiraba su temple) y yo me quedaba con mi madre y el bebé Hugh.

Harston era —al menos en parte— una casa encantadora de la época de Guillermo y María, que contaba con un jardín grande y anticuado muy adecuado para jugar al escondite, y tenía un huerto, un arroyo y un estanque grande con una isla. Había una fuente en el jardín delantero; sujetábamos una taza al extremo de un bastón y el agua que sacábamos estaba muy fría y era muy pura. La fuente tenía poco más de dos pies de profundidad y casi uno de ancho. Una vez, a los tres años, mi hermano mayor Raymond se cayó dentro y cuando le preguntaron cómo salió replicó con arrojo: «Nadé hacia la orilla». El olor de las manzanas parecía recorrer el jardín entero y reemplazar al del boj, y las abejas zumbaban al calor del verano. Recuerdo el funeral de un pájaro muerto enterrado en una cajita de luces de noche Price. Mis hermanos mayores, Herbert, Molly y Raymond, lo enterraron en lo que llamaban el paseo sombreado. Yo fui un doliente menor al ser el más joven y por eso demasiado poco importante e insignificante como para ser cura, cavar la tumba o dirigir al coro.

Mi tío nunca estaba cuando estábamos nosotros. Siempre se mantenía alejado de cualquier alboroto familiar, en su apartamento de soltero, junto a Hanover Square. Yo era muy celoso del jardín, lleno de rincones y recovecos, y me enfurecí un año en que mi madre invitó a otro muchacho llamado Harker, hijo del médico de la escuela, para

que pasara el verano allí. Lo traté como a un paria, no quería jugar con él y apenas le hablaba. Nunca le enseñé a coger agua de la fuente y conocía escondrijos que él nunca encontraría, así que se quedaba deambulando sin rumbo y sin compañía, tan aburrido que a veces se echaba a llorar. La experiencia de aquel agosto largo y terrible nunca se repitió, y a partir de entonces me permitieron quedarme solo.

Fue en Harston donde de repente descubrí que sabía leer. El libro fue *Dixon Brett, Detective* (*Dixon Brett, detective*). No quería que nadie se enterara de mi... descubrimiento..., así que leía solo en secreto, en un desván alejado, pero mi madre debió de darse cuenta de lo que hacía de todos modos, pues me dio *The Coral Island* (*La isla de coral*) de Ballantyne para el viaje de vuelta a casa en tren, un trayecto siempre interminable con una larga espera entre trenes en Bletchley. Yo no quería confesar mi nueva aptitud y me quedé mirando la única ilustración que tenía durante todo el camino hasta el cruce. No sorprende, por lo tanto, que se me haya quedado tan grabada en la memoria que aún se me representa en la mente el grupo de niños encaramados en las rocas. Creo que temía que leer supusiera la entrada en la escuela preparatoria (atravesé su oscuro portal unas semanas antes de mi octavo cumpleaños), o puede que me molestara la sensación de apoyo que percibía siempre que me alababan por algo que otros hacían de manera natural. Hace escasos años que mi recuerdo lo confirmó el doctor Wilson en una ceremonia en Edimburgo, el experto en Shakespeare, quien me explicó que mis padres solían comentarle lo que les costaba enseñarme a leer. Detestaba ese libro absurdo con los grabados que ahora me resultan tan encantadores, *Reading Without Tears* (*Leer sin lágrimas*). ¿Cómo querían que me interesara un gato sentado en un felpudo? No podía identificarme con el gato. Dixon Brett era otra cosa y tenía un joven ayudante que me parecía que podía ser yo.

Me molestaba sobre todo el interés de mi padre. ¿Cómo podía ser que un hombre adulto se preocupase por lo que ocurriera en un

paseo infantil? Recibir alabanzas me resultaba angustioso, me metía enseguida bajo la mesa más cercana. Hasta la edad adulta creo que los únicos instantes reales de afecto que me dedicó mi padre fueron aquellos en los que hacía ruidos de rana con la palma de las manos o jugaba a *Fly Away, Jack, Fly Away, Jill* con un trozo de esparadrapo en el dedo o me hacía abrir la tapa de su reloj. Hasta que tuve mis propios hijos no entendí que su interés por mis quehaceres era genuino y solo entonces descubrí un amor enterrado y una lástima por él que aún surgen de vez en cuando en mis sueños.

Creo que el matrimonio de mis padres estuvo lleno de amor; lo feliz que pueda llegar a ser un matrimonio ya es otra cuestión que escapa al conocimiento de un extraño. Los niños, las dificultades económicas y otros muchos asuntos secretos pueden arruinar la felicidad, y el amor puede echarse a perder también, pero creo que el suyo aguantó la presión de tener seis hijos y grandes tensiones. Yo estaba en Sierra Leona gestionando solo y de manera ineficaz una oficina del Servicio Secreto cuando mi padre falleció en 1942. La noticia me llegó en dos telegramas entregados en el orden equivocado: el primero me hablaba de su muerte y el segundo, una hora más tarde, de su enfermedad grave. De repente, entre los informes secretos que había que codificar y descodificar, sentí pena y unos remordimientos inesperados al recordar cuando, de joven, me propuse conmocionar sus opiniones, que habían sido decididamente liberales en la política y algo conservadoras en lo moral. Pedí que el padre Mackey, el cura irlandés de Freetown, oficiara una misa por él. Pensé que, si mi padre lo hubiera sabido, ese gesto lo habría complacido e incluso divertido: nunca me había cuestionado, ni con una sola palabra, que decidiera hacerme católico. Al menos estaba seguro de que le habría agradado cómo había pagado al cura, quien me pidió un saco de arroz para sus pobres parroquianos africanos porque escaseaba y estaba muy racionado, y gracias a mi amistad con el inspector de la Policía logré comprar uno de forma clandestina.